

Experiencias cercanas a la muerte

Sergio López Borgoñoz

A menudo escuchamos relatos escalofriantes de personas que han sufrido *Experiencias Cercanas a la Muerte* (ECM), y que han podido regresar para explicárnoslo. La Wikipedia señala (requiriendo cita, por supuesto, pues no se me ocurre qué clase de estudio se puede hacer en este sentido) que algunas estadísticas indican que una de cada cinco personas que han “superado” una muerte clínica ha experimentado una ECM.

Algunos las relatan con más detalle, otros con menos. A veces contradictoriamente, a veces como ficción en películas o libros, a veces como testimonios de primera o segunda mano... pero casi siempre se coincide en que es una situación espectacular.

Stephanie Savage, en un artículo publicado en *Skeptical Inquirer* (revista de julio-agosto 2015) trata sobre este tema y se pregunta dónde están los testimonios de escépticos, puesto que la gran mayoría de las personas que pasan por una ECM son creyentes (yo también requeriría cita de esta afirmación, no obstante).

Ella, una escritora escéptica que sufrió un coma, nos relata

su particular ECM, con sus sueños, sus visiones, y sus recuerdos vagos de situaciones que acaecieron en su proximidad. Todo ello muy alejado de las visiones extraordinarias que nos suelen relatar: túneles con focos brutales al final, personas ya fallecidas desfilando por delante de nosotros, escenas de nuestra vida pasada grabadas en las ventanillas de un tren interminable, contemplar nuestro cuerpo mientras flotamos cerca del techo de la sala...

Tenemos un cerebro que no nos merecemos... o sí.

Savage entiende que todo ello simplemente muestra la capacidad del cerebro para “inventarse” situaciones relacionando experiencias, datos y creencias íntimas desde un punto de vista racional. Y yo supongo que es así. ¿Por qué? Porque lógicamente no puede ser de ninguna otra manera, y quien lo afirme deberá demostrarlo (y le va a costar, voto a bríos, justificar todo lo que necesitará justificar).

El cerebro es una máquina excepcional, pero no omnipotente. Gestiona y almacena los datos que le entran por los sentidos, y los relaciona entre sí fabricando un entresijo más

(foto: nico caramella, www.flickr.com/photos/nicocaramella/)



o menos coherente (menos que más, aunque nos parezca lo contrario).

Tengo a mi madre en una residencia con una especie de demencia y, cada vez que la veo, me pregunto cómo es posible que el cerebro pueda gobernar todas las funciones motoras de la articulación del habla, lo que supone una gran sincronización, pero a la vez la falta de memoria y de proceso de datos le haga perder el hilo en un instante en una conversación, e irse por peteneras. En la misma residencia hay una persona que sufre alucinaciones muy a menudo, imagina que se está cayendo aunque esté sujeta a una silla de ruedas y resulta inconsolable... El cerebro es fantástico, pero a veces nos juega muy malas pasadas.

Hipótesis alternativas

A nadie le sorprende que soñemos, y que los sueños sean recurrentes. ¿Quién no ha experimentado ECD (Expe-

riencias Cercanas al Despertar, concepto que me acabo de inventar)? Elaboras en un instante una compleja historia cuyo final es que oyes unos pasos que te siguen, cada vez más próximos; despiertas y compruebas que hay un grifo que gotea con la misma cadencia que los pasos.

El cerebro inventa relacionando conceptos vividos o conocidos. No puede imaginar algo que no haya experimentado con anterioridad.

Esta hipótesis (la de que las ECM son constructos del propio cerebro) es más que satisfactoria; y la alternativa (que realmente exista un *más allá*, del cual algunos puedan volver) es mucho más desconcertante y abriría un sinfín de preguntas y cuestiones que, por pura pereza, es preferible no abordar.

¿Cómo puede alguien creer en la hipótesis alternativa de las ECM, y no volverse loco con las posibles respuestas a esas preguntas?

Turno de réplica

Ofrece a continuación la nota enviada por un lector aludido en una de las reseñas de nuestro *Sillón escéptico* publicada en la revista nº 41 en la página 75. Con ella inauguramos, como ya adelantaba la carta del director, un nuevo recurso para canalizar en nuestra web este tipo de discusiones. Se adjunta al final de esta nota un enlace donde los interesados podrán encontrar todo lo relativo a este caso concreto, el acceso a la reseña original, una contestación a la misma por parte del aludido, Luis Carlos Silva, así como una contrarréplica de Víctor Javier Saíñz Larrinaga, autor original de la crítica publicada en nuestra revista.

Nota del Dr. Luis Carlos Silva Ayçaguer sobre un artículo del Dr. Javier Sanz Larrínaga, publicado en *El Escéptico*, en 2014.

En el número 41 de *El Escéptico* apareció un artículo titulado "Medicina sin apellidos. Un debate sobre la medicina natural y tradicional en Cuba" a cargo del colega Javier Sanz Larrínaga. Puesto que allí se desplegaba un conjunto de afirmaciones que eran a mi juicio descalificadoras y erráticas, no solo sobre mis posiciones académicas, sino también sobre la manera de pensar que supuestamente caracterizan a los científicos cubanos, me dirigí a la dirección de la revista solicitando un espacio para responder al Dr. Sanz.

Habiendo sido aceptada mi solicitud, envié muy pocos días después una contribución titulada "El telescopio y la técnica del bulldócer. A propósito de una reseña sobre un libro cubano acerca de la Medicina Natural y Tradicional". Tras el correspondiente acuse de recibo, se me informó que ella sería publicada en el número de diciembre del año 2014.

A lo largo de los diez meses transcurridos desde entonces, viendo que la publicación de mi contribución no se consumaba, pedí en reiteradas ocasiones las explicaciones del caso. Finalmente, se me ha informado que tal situación fue debida a diversos problemas organizativos, algunos relacionados con el cambio de dirección, y que la revista acogería mi contribución en su número de diciembre de 2015. Sin embargo, se me solicita que reduzca el trabajo hasta llevarlo al 25% de su versión original. Si bien un artículo siempre puede contraerse para dejar lo verdaderamente esencial, en este caso me resulta imposible acceder a un cercenamiento tan radical. Hacerlo supondría renunciar a comunicar un conjunto de ideas que desbordan el diferendo concreto con el Dr. Sanz que la motivó y que constituyen, en mi opinión, un valor añadido importante en cuanto al modo en que debe desarrollarse el debate científico. Consecuentemente, he solicitado a las nuevas autoridades de la revista que publiquen la presente nota. Comunico asimismo a los lectores interesados, que podrán hallar el artículo íntegro, tal y como había sido originalmente aprobado, en el sitio <http://www.escepticos.es/node/4133>

Luis Carlos Silva, PhD
La Habana, 26 de octubre de 2015